

Alcalá de Henares  
Conferencia a los sacerdotes

Card. Mauro Piacenza  
Penitenciario Mayor

**«Por Cristo, con Cristo y en Cristo: la perspectiva del realismo pastoral»**

En esta cuarta y última conversación, desearía que nos detuviésemos a considerar juntos las coordenadas que considero fundamentales para una adecuada labor pastoral en la perspectiva del realismo que, desde la primera conversación, hemos aprendido a identificar como elemento esencial a la hora de afrontar la época actual, marcada por la dictadura del pensamiento único y en la que somos llamados a “estar” como hombres libres, obedientes a nuestra conciencia y a la Palabra de Dios.

**1. El horizonte doxológico del realismo pastoral**

Uno de los errores fundamentales que se ha difundido en las últimas décadas es el de pensar que la pastoral es algo diferente de la celebración y la administración de los Sacramentos y, aún peor, que las dos realidades pueden subsistir separadamente. Algunos, incluso, piensan que la acción pastoral es lo que hacen, inventan u organizan cuando están libres de la celebración de los Sacramentos, llegando a someter la propia celebración a las más variadas “invenciones pastorales”.

Por el contrario, la dimensión doxológica, litúrgico-sacramental, y la pastoral son coesenciales y representan simplemente dos dimensiones de la única y misma realidad: la misión apostólica de la Iglesia.

Os confieso que, de hecho, respecto al adjetivo “pastoral”, tan difundido, siempre he preferido el adjetivo “misionero” o “apostólico”. Entre otras cosas porque, a menudo, detrás de las argumentaciones pastorales se esconden y se justifican auténticas infamias, traiciones a la verdad, la doctrina y la moral. Y, como sabemos muy bien, en la traición no hay nada de pastoral.

Toda acción evangelizadora, todo gesto humano propedéutico al anuncio, todo anuncio evangélico, toda ofrenda sacramental, todo está siempre inmerso en el horizonte único e incluyente de Cristo. El Cristo-centrismo inclusivo, sobre el cual tanto insistió san Juan Pablo II y que se desarrolló en el espléndido período magisterial que va de la *Redemptor hominis* a la *Dominus Iesus*, representa el punto de referencia imprescindible para nuestra acción pastoral y nuestra existencia sacerdotal.

Para quienes están configurados con Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, y para todos los bautizados —e incluso más—, el horizonte cristológico representa el punto de referencia fundamental de toda acción y la luz con la cual leer la realidad, interpretarla, servirla. Prescindiendo de este horizonte la acción pastoral se convertiría en una mera organización y la existencia sacerdotal se vería obligada a buscar una justificación, sin la que sería insoportable para quienes la viven.

De esta distonía nacen todas las formas compensadoras, que hacen hincapié de modo unilateral en uno de los posibles aspectos del servicio pastoral del sacerdote. Entonces tenemos al “sacerdote de la calle”, como si los demás viviesen en las nubes; al “sacerdote comprometido”, como si los demás no hiciesen nada en todo el día; al “sacerdote de frontera”, como si todos los demás fuesen copárrocos de la catedral; al “sacerdote carismático”, como si los demás no hubiesen recibido la efusión del Espíritu; al “sacerdote institucional”, que busca el reglamento diocesano incluso para sonarse las narices... Podríamos seguir con la lista, jocosa pero en el fondo realista, pero no es este el objetivo de nuestra conversación.

En cambio, será muy útil identificar las formas de ejercicio del ministerio en las que siempre es posible hacer hueco para un protagonismo subjetivo, una visión propia de Iglesia en la que haya más espacio para las modas pasajeras que para la verdad católica, para los gustos personales que para la integridad de la Revelación Divina, para las emergencias que afrontar siguiendo al mundo que para la verdad de siempre, que salva.

Tener permanentemente presente el horizonte cristológico permite proteger al presbítero de toda deriva unilateral posible y mantenerlo en el saludable baricentro que ve en la imprescindible relación con Cristo la razón de ser del ministerio.

La Iglesia destaca esta dimensión fundamental de la vida pastoral mediante la doctrina de la configuración ontológica con Cristo Sacerdote. Cuando se nos dice que, como sacerdotes, actuamos *in Persona Christi Capitis* y que nuestro Sacerdocio difiere esencialmente del bautismal, y no sólo por grado, se está hablando de esta participación única, dada y acogida, en la Vida de Cristo: única por Vocación, dada a través del Sacramento y acogida por la libertad.

Sólo partiendo de este hecho real de la inmerecida configuración con Cristo es posible vivir de modo realista la dimensión pastoral de nuestra existencia, que pide en cada instante ser justificada no ya por las categorías del mundo, sino por el horizonte y en el horizonte de la fe. Sin este horizonte el Sacerdocio pierde su significado e inicia la espasmódica búsqueda de su justificación social y su consiguiente normalización. Los ataques continuos al celibato sacerdotal y las hipótesis de que pueda simplemente ser desvinculado del Sacramento del Orden e interpretado como mera disciplina eclesial, olvidando totalmente la obligación de la continencia, que es de origen apostólico, son una clara expresión de dicha actitud. Prescindiendo de la conciencia lúcida de la configuración con Cristo el sacerdote pierde las razones de su ser, la memoria de su origen y, por tanto, la realidad de su acción.

En este sentido, me urge poner de relieve la esencialidad de lo que he definido como el horizonte doxológico de la acción pastoral. Requiere la humilde conciencia de ser portadores de la mayor novedad jamás acaecida en la historia: la Encarnación del Verbo, que ha hecho partícipe a la humanidad de la Vida divina, mediante el Misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo. O bien el sacerdote recupera en su acción pastoral esta conciencia de ser portador de la verdad y de que tal verdad tiene una dimensión histórica y objetiva, digna de ser propuesta a todos los hombres, o bien simplemente se dará una progresiva y constante auto-marginalización, una falta

de comprensión de los propios cometidos, derivada de la falta de comprensión del propio ser. Por lo demás, todo esto genera frustración, tristeza y constituye un herbicida eficaz para las vocaciones.

## 2. Realismo pastoral es actuar *mediante Cristo*

En un contexto cultural como el que domina en la vieja Europa ya no se puede dar por supuesto que las personas simplemente acojan el tema *ex auctoritate*, basándose en el papel histórico o social del sacerdote o en la fuerza tradicional de la Revelación, que se atestigua a sí misma.

Aceptar este cambio radical es una condición indispensable para toda actitud que se presente como realismo pastoral. Prescindir de esto, por el contrario, significa refugiarse en una actitud que puede derivar en fideísmo o clericalismo, ambos irrealistas e irracionales. Tal diferencia respecto del pasado representa, en cambio, en ciertos aspectos, una provocación saludable para la acción pastoral y un estímulo para una configuración con Cristo cada vez mayor.

El realismo pastoral requiere de nosotros, en efecto, vivir en la vibrante conciencia de que cada una de nuestras acciones al servicio del Reino se realiza mediante Cristo, en virtud de Su Persona, con la cual hemos sido sacramentalmente configurados, y por medio de Su Autoridad, de la cual somos inmerecidamente partícipes.

Pongo algunos ejemplos.

¿Por qué razón, en nuestros días, deberían los fieles someternos su vida moral y sus infidelidades a la ley divina a nosotros, que somos hombres, sino por el reconocimiento de fe de que actuamos mediante Cristo? Y ¿con qué autoridad podríamos nosotros proclamar una sentencia de absolución de los pecados, haciendo resonar en el mundo la palabra de Jesucristo a Pedro: «Lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos» (Mt 16,19), sino porque actuamos mediante Cristo?

¿Por qué razón los fieles laicos –y nuestros propios hermanos sacerdotes– deberían abrirnos su corazón en la dirección espiritual, escuchando con prudente

temor nuestras indicaciones, que esperamos maduren siempre a la luz del Espíritu, en la oración, y esforzándose por ponerlas en práctica, si no fuese por el reconocimiento sobrenatural de un actuar mediante Cristo que no depende de nuestras personas, sino que es don de Su Presencia?

Y, en la predicación, ¿cómo no conmoverse por la atención de la que todavía son objeto las palabras de la Iglesia, del Papa, de los Obispos y los sacerdotes? La escucha que les prestan los hombres se basa en la conciencia de la eficacia de las palabras de Cristo: «Quien a vosotros escucha a Mí me escucha; quien a vosotros rechaza a Mí me rechaza» (Lc 10,16). No es que todo esto esté explícitamente tematizado, es más, si se indagara, se negaría incluso de modo acre y obstinado, y sin embargo es innegable que sucede y que es fruto únicamente de la acción sacerdotal mediante Cristo.

Las reacciones negativas a las intervenciones magisteriales de la Iglesia, que a menudo los grandes medios de comunicación mundial distorsionan e instrumentalizan astutamente, son exactamente eco de un reconocimiento indirecto de la relación esencial entre Cristo y la Iglesia y de la base cristológica de la acción eclesial. Si no temiesen a Cristo, la verdad que Él trae y la Vida a la cual admite, no combatirían tan obstinadamente contra la Iglesia que actúa por medio de Cristo en cada una de sus acciones pastorales.

La conciencia de actuar por medio de Cristo aparece en toda su fuerza en la acción sacramental, pero debe asimismo animar todo gesto del sacerdote, desde el más solemne al más sencillo. En efecto, en la desorientación general actual, toda palabra, todo ejemplo, toda sugerencia puede y debe estar centrada, puede y debe ser edificante. Aconsejar una revista para leer o un libro que comprar, o una película que ver o no ver, un curso de formación que seguir, un itinerario profesional que emprender... todo, absolutamente todo debe ser vivido por medio de Cristo.

Al igual que el mundo permea de sí mismo y trata de engañar la mente y el corazón de los hombres con la mentira, con gran celo y profunda pasión misionera nosotros debemos tratar de frenar esta acción invasora de la mentalidad mundana,

reconduciendo constantemente a nuestros fieles a Cristo con las palabras y el ejemplo.

¿Cómo no cansarse de una tensión constante en actuar así? Sólo sabiendo que lo hacemos con la fuerza que viene de Cristo, por medio de Cristo; se puede vivir así sólo siendo conscientes de una autoridad que no viene de nosotros, sino de Él y que pide –en primer lugar a nosotros mismos– ser reconocida permanentemente.

### **3. Realismo pastoral es actuar *con* Cristo**

Si hay una objetividad sacramental en la acción “por” Cristo y mediante su poder, no es menos eficaz y objetiva nuestra acción “con” Cristo. En un “con” que hunde sus raíces en el hecho de haber sido adoptados por el Padre y, por tanto, convertidos en coherederos del Hijo Unigénito, partícipes de la misma Vida divina. Tal “herencia bautismal” recibe una nueva realidad en la ordenación sacerdotal, por la cual el ministro de Dios actúa con su Señor, prestándole palabras y obras y tratando siempre de no vivir nunca separado de Cristo.

La primera dimensión del actuar con Cristo en la que deseo hacer hincapié, por sano realismo pastoral, concierne a nuestra amistad personal con Él. El sacerdote es, por vocación, el amigo de Jesús. La amistad con Cristo, la intimidad con Él, la identificación con Sus palabras y obras, preceden la ordenación sacerdotal y deberían constituir la orientación fundamental de todo sano discernimiento vocacional.

Ciertamente, después de la sagrada Ordenación estas actitudes se confirmarán y corroborarán con la gracia sobrenatural del Orden; en cualquier caso, representan la condición indispensable para poder simplemente concebirse como partícipes de la experiencia apostólica.

El Sacerdocio es la prosecución en el tiempo y el espacio de la *apostolica vivendi forma* –de la forma de vida de los Apóstoles– por lo que es necesario recordar que la característica de la vida de los Apóstoles era precisamente estar “con” el Señor, actuar “con” Cristo.

Cultivar la intimidad con el Señor es realismo pastoral. Cultivar la oración, la *lectio divina*, la meditación personal, la acción de gracias después de la celebración de la Santa Misa, la oración ordenada y completa del Breviario, el rezo diario y fiel del Santo Rosario es realismo pastoral.

Sólo una amistad íntima y estable con el Señor permite madurar la atención a los detalles y la delicadeza de ánimo que son propias de Jesús y que hoy siguen impresionando enormemente a todos los fieles, cuando las encuentran en un sacerdote.

El Pueblo santo de Dios nunca se asombrará si un sacerdote no conoce los últimos modelos de coche, las últimas aplicaciones para teléfonos móviles o la cotizaciones de bolsa; pero se asombrará, incluso se escandalizará, si un sacerdote no es amigo de Jesús, no lo conoce, no hace experiencia de Él y no lo ama.

El corazón de los hombres se abre a la escucha de la verdad y su vida se conforma a ella, como tensión, esencialmente por imitación; imitando la amistad con Cristo que ven en los sacerdotes y que valoran deseable para sí mismos.

¡No hay sacerdote más pobre que aquel que no vive la amistad de Cristo! No hay sacerdote menos pastoral de aquel que no piensa, siente y actúa con Cristo.

Una tal intimidad con Jesús Nuestro Señor se refleja necesariamente en el modo de concebir y de poner en práctica la misión apostólica, cuya agenda nunca puede dictar el mundo, porque no sería la que quiere Cristo. En este sentido, la misión del sacerdote, su acción pastoral coincide necesariamente con la misión de Cristo: darse por la vida de los hombres.

En una concepción funcional del ministerio se pierde casi completamente la dimensión de oblación y sacrificio, que es en cambio extremadamente eficaz como apoyo a la misión. Junto al anuncio del Reino, a los gestos de misericordia y al revelarse de la verdad sobre Dios y el hombre, el Señor Jesús ha realizado su mensaje con su propia Vida, sacrificándose por nosotros, dando la Vida por sus amigos y muriendo en la Cruz.

Actuar con Cristo es realismo pastoral si estamos dispuestos a morir con Cristo por nuestros hermanos; a dar no sólo en las palabras de la Liturgia, sino a dar instante

tras instante nuestra propia vida por el bien de los demás, es decir, para que encuentren a Cristo, tengan vida y la tengan en abundancia.

Por último, es realismo pastoral actuar con Cristo si se actúa con aquellos que le pertenecen, es decir, con su Iglesia. Nadie evangeliza de manera autónoma, al igual que nadie es constituido en el Sagrado Orden sacerdotal de manera autónoma.

La acción pastoral es realista sólo cuando respeta su dimensión eclesial, entendiendo por Iglesia la “Católica”, es decir la ininterrumpida Tradición de dos mil años de Cristianismo, la fidelidad a la Revelación que vive en las Sagradas Escrituras y en la Tradición, auténticamente interpretadas por el Magisterio ininterrumpido. La fidelidad a la Iglesia “Católica” siempre implica madurar una visión del mundo católica, que determina inevitablemente la acción pastoral, confiriéndole la medida de la acción misma de Cristo.

El Señor, al final de los tiempos, entregará el mundo al Padre. De este movimiento es partícipe la Iglesia y de esta dinámica son portadores los sacerdotes llamados a actuar con Cristo y con toda la Iglesia. Por esta razón, entre otras, para que resplandezca en el mundo la realeza universal de Cristo es fundamental la unidad de la fe y, con esta, la consiguiente unidad de la Iglesia y del Cuerpo sacerdotal. El propio Cristo vinculó esta unidad a la unidad del Colegio apostólico y al *Ut unum sint* de la oración sacerdotal la posibilidad de que el mundo crea. Tal vínculo nunca ha perdido vigor y representa, efectivamente, la actitud pastoral más realista: sólo la unidad atrae verdaderamente, sólo la unidad evangeliza; en el mundo de la fragmentación sólo la unidad es algo fascinante, deseable, capaz de mover la libertad.

#### **4. Realismo pastoral es actuar *en* Cristo**

Como afirma el Apóstol de los Gentiles con determinación: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20), así el apóstol de todos los tiempos está llamado a hacerse eco en su existencia de la vibrante experiencia de Pablo, hasta llegar a ver cambiada y dilatada la configuración ontológico-sacramental



con Cristo Sacerdote en una auténtica experiencia espiritual, moral e incluso psicológica.

Esta identificación era del todo natural cuando en épocas pasadas se educaba, desde la más tierna edad, en el ideal sacerdotal y, por tanto, el desarrollo psicoafectivo del joven coincidía con esta identidad. Hoy se encuentra sólo en algunos casos, a menudo maltratados, pero casi siempre hay que construirla o reconstruirla por las nobles y estrechas vías de una intensa vida espiritual y de la continua experiencia de la Misericordia.

La acción pastoral en Cristo no indica simplemente la identificación –si bien necesaria– del sacerdote con el Señor, sino que se dilata más allá de este horizonte, ya en sí generoso. En efecto, la acción pastoral es realista y es en Cristo cuando Cristo es su único confín, cuando su contenido encuentra su seguridad en Cristo.

¿Qué significa tener como confín de la acción pastoral a Cristo mismo? Significa no percibir a ninguna persona ni ninguna situación como extraña a Cristo, sino, al contrario, saber que todo fue creado en Él y, por tanto, toda realidad, incluso la aparentemente más remota, está ordenada hacia Cristo y su Iglesia. Si el confín de nuestra acción pastoral es la Persona de Cristo no deberemos temer excluir a nadie de nuestra acción, no ser auténticamente misioneros o suficientemente abiertos a todo hombre, situación o realidad. ¡Tal apertura, sin embargo, caería en el más desolador de los relativismos si no tuviese a Cristo como parámetro! Correría el riesgo de reducir el cristianismo a una de las muchas posibilidades de la conciencia humana, producidas o intuitas por esta, convirtiendo el acontecimiento cristiano en un vago gnosticismo, periódicamente de moda, pero que en realidad acompaña desde los primeros siglos la aventura cristiana en el mundo.

De esta dramática realidad es signo elocuente el intento constante de legitimar las religiones mediante una sedicente orto-praxis, totalmente desvinculada de la ortodoxia y cuyos confines son establecidos, en cada momento, por las emergencias del mundo. Reducir o prácticamente eliminar la cuestión de la verdad, aunque sea

afirmando que hay que someterla a una hermenéutica y que cada tradición religiosa tiene su propia hermenéutica de referencia, no es más que volver a proponer la antigua herejía gnóstica con los modernos acentos kantianos de la separación entre la cosa en sí (noúmeno) y su representación (fenómeno).

Tener a Cristo como confín de la propia acción pastoral, actuar en Cristo, es la única actitud realista que podemos asumir frente a la dramática deriva cultural dominante. No es posible ceder al chantaje moralista de una cultura que tolera el elemento religioso únicamente si este actúa pragmáticamente en favor de la paz, la justicia y la ecología. Cristo no murió en la Cruz por las zonas verdes públicas (aunque la causa ecologista sea del todo respetable y loable). Cristo no vino al mundo para traer una inspiración de paz o una paz construida artificialmente por los hombres a costa de la sangre de otros hombres. Al contrario, Él derramó su sangre por la salvación de todos, dejando a cada hombre la libertad de entrar y sumergirse en este río de salvación o quedarse fuera.

El horizonte de la acción pastoral, por tanto, es mucho más amplio si se actúa en Cristo que si se obedece a la agenda del mundo, siendo conscientes de que algunos lenguajes y argumentaciones unilaterales tienen raíces filosóficas y representan posiciones teológicas –o que se dicen tales– totalmente incompatibles con la verdad del “hecho” cristiano.

Otra interpretación de la acción pastoral en Cristo está significativamente representada por el contenido de nuestro apostolado. ¡No podemos anunciar nada más ni a nadie más sino a Cristo! Nuestras palabras, nuestras acciones, nuestro silencio, nuestro sufrimiento están llamados a vivir y a ser en Cristo. Cualquier otro contenido sería demasiado poco si no fuese Cristo, cualquier otra actitud por la que los hombres pueden incluso aplaudir a los pastores de la Iglesia, porque es conforme a su mentalidad, no podría satisfacer la exigencia estructural del realismo pastoral.

Hemos sido constituidos pastores, hemos sido ordenados sacerdotes para llevar a Cristo a los hombres; desde luego no para organizar su vida, su tiempo de diversión o su tiempo libre, su estructura social o sus paseos ecológicos. La acción pastoral no

requiere sólo tener a Cristo como horizonte, sino también tener a Cristo como contenido, y la Iglesia no sólo traicionaría a su Señor si callara acerca de Cristo, sino que –algo igualmente grave– traicionaría a los hombres a los que Cristo la ha enviado, que tienen derecho a que se les anuncie a Cristo.

Actuar en Cristo, por último, es determinante para la libertad, la humildad y la seguridad del anuncio. En efecto, si actuásemos en nuestro nombre, en nombre de cualquier autoridad terrena, por importante que fuera, nunca podríamos tener pretensión de verdad universal alguna.

En la Iglesia, de hecho, la autoridad siempre está al servicio de la verdad y por ella se ve legitimada y hecha realidad.

No es casualidad que la Tradición eclesial se apoye tanto en el principio personal de la sucesión apostólica como en el teológico de la Tradición. Autoridad y verdad se confirman mutuamente, se sostienen. Son el fundamento de la pretensión de verdad del Anuncio cristiano y, por consiguiente, de la seguridad de una acción pastoral realista.

La conciencia de Aquel en nombre del cual actuamos, de la razón por la que actuamos y la finalidad de nuestra acción, son condición indispensable para que sea una acción realista, es decir, capaz de abrazar la realidad de Cristo, la realidad de la Iglesia y la realidad del hombre de cada época.

Y aquí vuelve, al término de nuestro recorrido, la dimensión doxológica constitutiva de la acción pastoral. Al igual que la doxología eucarística no podría en ningún caso basarse en las míseras fuerzas humanas, que nunca podrían dar a Dios “todo honor y toda gloria”, la acción pastoral es una caña sacudida por el viento, una pequeña barca agitada por las olas, un esfuerzo inútil y sin razón si no se cumple en nombre de Cristo, en compañía de Cristo y mediante Cristo.

En este sentido, es parcial la concepción según la cual en la Liturgia actúa Cristo y en la pastoral actuamos nosotros.

Suponiendo que todavía la mayoría de los sacerdotes tenga claro que en la Liturgia actúa Jesús Nuestro Señor, que el protagonista es Él y no el “cura *showman*”

de turno, es necesario aceptar, precisamente en nombre del realismo pastoral, esta verdad basada ontológicamente y siempre dilatable moralmente: que en la acción pastoral de la Iglesia y de sus ministros es el propio Cristo quien actúa, quien pide ser reconocido, amado y seguido, o sea obedecido.

Deseo para mí mismo y para cada uno de vosotros este realismo pastoral, con la clara conciencia de que es mucho más realista lo que parece poco realista. De que es mucho más humano lo que parece sobrehumano. De que es mucho más moderno y actual lo que parece viejo y anticuado.

La Santísima Virgen María, la mujer más realista que la humanidad haya conocido jamás, la que enmendó la ilusión de Eva de conocer el bien y el mal comiendo del árbol del jardín, la Virgen Santísima fue tan realista que creyó que podía concebir un hijo sin la intervención de un varón. Este realismo le permitió concebir al Verbo Divino primero en la fe y después en la carne, y dar a la humanidad al Hijo de Dios hecho Hombre, la Palabra definitiva del Padre a los hombres, el Salvador único y universal. ¡El realismo auténtico de María es lo menos realista que pueda existir! Pero esta es la paradoja cristiana y esta debe ser la medida de nuestro realismo pastoral. Por Cristo, con Cristo y en Cristo, con la humilde mediación de la Santísima Virgen María.

Para ser verdaderamente de Cristo tenemos que ponernos en manos de la “Alma Redemptoris Mater” y entregándonos a ella decirle de todo corazón: “¡Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt!” Hagámoslo con especial entusiasmo y afecto en este Año Centenario de Fátima.